

El Catecismo, ¿un instrumento para la catequesis?

MARIA NAVARRO

Introducción

Después del Concilio Vaticano II la catequesis experimentó un nuevo impulso y un gran avance en cuanto a la forma de concebirla y de realizarla.

Aunque en el Concilio no se hablara explícitamente de esta acción eclesial, sí se recogen en sus documentos algunas afirmaciones claves que, junto a la renovada visión de la teología de la revelación y de la Iglesia como Pueblo de Dios y Sacramento de Salvación, constituyen una buena fundamentación para un nuevo planteamiento de la catequesis.

La convicción de que entre la Historia de la Salvación y la historia humana hay una unidad profunda y la valoración positiva de las culturas y de las ciencias humanas, son también aportaciones conciliares importantes que conducen a una nueva visión de la pastoral de la Iglesia.

Una pastoral, y una catequesis en concreto, que tiene como fuente la Sagrada Escritura y que se sirve de mediaciones para su realización.

Entre estas mediaciones están los catecismos, instrumentos al servicio de la acción catequética, pero no únicos, ni, en muchos casos, directos para el desarrollo del acto catequético. Por eso podemos preguntarnos: ¿es el *Catecismo de la Iglesia católica* (CATIC) un instrumento para la catequesis?

Antes de dar respuesta a este interrogante es conveniente situarnos, aunque sea brevemente —porque ya se hace ampliamente en otros artículos de esta revista—, en el qué y para qué de la catequesis hoy y en lo que es un catecismo y, en concreto, el *CATIC*.

I. La catequesis hoy

En los años posconciliares comienzan a madurar una serie de convicciones que van configurando la catequesis que necesitan los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

En el año 1971 se publica el *Directorio General de Pastoral Catequética* donde se apuntan ya las líneas de fuerza de esta forma privilegiada del Ministerio de la Palabra, que «conduce a la madurez de la fe, tanto a las comunidades como a cada fiel» (n.º 21).

Pertenece a la catequesis —dice más adelante— enseñar a los fieles «a interpretar cristianamente las realidades humanas, sobre todo los signos de los tiempos», (n.º 26), y «hacer presente la palabra divina mediante la palabra humana» (cfr. n.º 32).

En esta exposición de lo que es la catequesis, se empiezan a perfilar algunos rasgos que en los años sucesivos se irán consolidando, entre los que destaco los siguientes, por la luz que pueden aportar al interrogante planteado:

- El mensaje de Jesús hay que transmitirlo a hombres concretos, en una determinada situación, para que maduren en la fe y se comprometan en la transformación de las situaciones injustas.

- Las experiencias profundas del hombre son el «lugar» en el que Dios habla.
- Sólo en estas experiencias, la Palabra de Dios, actualizada por la Iglesia, ilumina y esclarece el sentido de la vida.
- La catequesis se concibe como un largo *proceso* que favorece la iniciación cristiana, que se realiza desde la comunidad y para la comunidad, y que educa a los catecúmenos en el sentido eclesial y comunitario.
- Es una forma peculiar de educar en la fe que se *ofrece* a todos los que han dado su primera adhesión a Jesucristo, teniendo en cuenta la pluralidad de edades y de situaciones, y dando prioridad a los adultos.
- Emplea un *lenguaje significativo* para los hombres y mujeres de nuestro tiempo y tiene en cuenta todas las vertientes de su vida.

«Si la catequesis es un modo particularmente apto —como dice el *DGPC*— para comprender el designio de Dios en la propia vida y para discernir el sentido último de la existencia y de la historia», es muy importante mostrar la luz del Reino de Dios que ha de iluminar y transformar la vida de cada persona. Pero no es menos importante para la catequesis prestar atención a la vida para poder contemplar en ella las señales del paso de Dios que va instaurando su reinado.

La catequesis, en efecto, se debe entender y practicar en nuestras comunidades, como propuesta íntegra y progresiva del mensaje cristiano que va iluminando y transformando la vida de quienes lo acogen y los va capacitando para confesar la fe proclamándola, celebrándola y testimoniándola en el servicio a los hermanos, de tal manera que el catecúmeno se incorpore a la comunidad cristiana y a su misión evangelizadora.

En la catequesis no transmitimos sin más unos contenidos, sino que entrenamos a los catecúmeno para que vivan cristiana-

mente en el tiempo y en las circunstancias que les toca vivir. En ella no sólo se propone la fe, sino que se acoge gozosa y activamente a Dios, que se comunica.

II. Qué es un Catecismo

Todo Catecismo se define como un texto escrito que contiene la formulación de las verdades fundamentales de la fe de la Iglesia. Recoge la síntesis del anuncio cristiano y la experiencia de la fe vivida por la Iglesia, constituye una orientación básica para la catequesis y está al servicio de la unidad de la fe en la Iglesia.

Cualquier Catecismo, menor o mayor, universal, nacional o *diocesano*, tiene una finalidad noética, es decir, su objetivo es instruir en la fe y está destinado a enseñar y aprender los fundamentos de la fe y de la moral cristiana.

En los *catecismos mayores*, esta síntesis tiene un carácter más expositivo y recoge bastantes aportaciones bíblicas, patrísticas, litúrgicas y del magisterio de la Iglesia. Por estar *dirigidos a los responsables* de la catequesis y a los educadores, no tiene en cuenta directamente a los catequizandos.

En los *catecismos menores*, pensados para los destinatarios de la catequesis, generalmente para los de una edad concreta (infancia, juventud, adultez), la síntesis está redactada de forma más escueta y con un buen componente de preguntas y respuestas.

Si nos detenemos brevemente en analizar algunos de estos términos con los que se define un catecismo, podremos recoger algunos datos que nos darán luz para comprender la verdadera función del catecismo en la catequesis:

- a) Recoge una *síntesis del anuncio cristiano*. Síntesis a la que se ha de llegar, no de la que se ha de partir. Síntesis que

viene expresada con unas palabras determinadas que pueden ser cambiadas, como veremos más adelante.

- b) Tiene una finalidad noética: la de instruir y enseñar; la de facilitar el que los catequizandos *aprendan* las verdades de la fe.

Esto no coincide ciertamente con lo que es la catequesis. Por ello los catecismos prestan un servicio a la catequesis, pero no el único, ni el fundamental.

III. El *Catecismo de la Iglesia católica*

El *CATIC* es un catecismo *mayor*; destinado, por tanto, a los responsables de la acción catequizadora y no a los sujetos directos de dicha acción.

Está dirigido a toda la Iglesia. Esto impide tener en cuenta los aspectos propios de cada lugar, de cada cultura y de cada situación religiosa y eclesial.

Recoge los contenidos de la fe, tal como la Iglesia —en su Magisterio ordinario— los expone. No ofrece opiniones teológicas de uno u otro signo.

Estos contenidos están expresados en términos muy técnicos y en algunos aspectos con un lenguaje poco renovado.

Es bueno recordar que hay verdades esenciales que no cambian y que constituyen la síntesis fundamental de nuestra fe; y hay otras que pueden ser objetos de estudio y reflexión desde el punto de vista bíblico, teológico y antropológico, e incluso desaparecer. Recuérdese, por ejemplo, que en el Catecismo Romano aparecía la doctrina sobre el limbo, que en éste ya no aparece.

Y más aún, hasta las verdades que no cambian pueden ser explicitadas con otras palabras, sin que se altere en nada lo sustancial.

Es un catecismo *referencial*, que se destina a «alentar y facilitar la redacción de nuevos catecismos locales», cuya «mediación debe considerarse indispensable» (cfr. *Prólogo* del *CATIC*).

Me parece oportuno citar aquí lo que el *DGPC* dice a propósito de la elaboración de los catecismos.

«En atención a las graves dificultades de redacción y a la particular importancia de estos documentos es muy conveniente:

- a) recurrir al trabajo concertado de varios especialistas en catequesis y también en teología;
- b) consultar a especialistas en otras disciplinas, ya religiosa, ya humanas, y además a las otras organizaciones pastorales;
- c) consultar a cada Ordinario del lugar y tener atentamente en consideración sus pareceres;
- d) hacer preceder experiencias particulares a la definitiva publicación;
- e) revisar debidamente estos libros, transcurrido cierto espacio de tiempo». (*DGPC*, 119)

En qué medida se ha tenido todo esto en cuenta en la elaboración del *CATIC*, lo ignoro, pero por las informaciones recibidas y por mi propia investigación permítaseme dudar sobre la realidad plural de esas consultas y esas experiencias, que hubiesen hecho posible —tal vez— un texto más cercano a los creyentes de hoy.

IV. El Catecismo (*CATIC*) en la catequesis

El Catecismo es un libro. La catequesis es esencialmente una acción eclesial que se realiza en el contexto de una relación interpersonal y en las coordenadas sociales y culturales en que vive el catequizando; por ello ésta no puede ignorar la cultura, las situaciones histórico-religiosas, las lenguas y los distintos modos de expresión y las historias del pensamiento de cada civilización y de cada pueblo.

Lo que hace el Catecismo es exponer los contenidos noéticos de la fe y de la moral cristiana. La catequesis ayuda al catecúmeno a ir conociendo a Jesucristo *vivo* y *operante* en la Iglesia y en el mundo.

La única Fuente de la Catequesis es Jesucristo, la Palabra hecha carne, que se nos revela a través de la Sagrada Escritura, tal como la lee y la entiende la Iglesia y a través de las acciones litúrgicas. Pero la Palabra de Dios se refleja también en el rostro del hombre y de la mujer, creados a imagen y semejanza de Dios; y habla igualmente a través de los acontecimientos de la historia. Por tanto, nada es ajeno a la catequesis.

En la Constitución Apostólica *Fidei depositum* y en el prólogo del *CATIC* se afirma:

- a) Que es uno de los *instrumentos* para la catequesis, la cual es una acción mucho más articulada y compleja;
- b) que es un *medio*, privilegiado de la catequesis, pero no el único, ni menos excluyente;
- c) que es *referencial* y que reclama la *indispensable mediación* ulterior de los catecismos nacionales o diocesanos.

Y se afirma también que va dirigido a los responsables de la catequesis; especialmente a los obispos y a través de ellos, a los redactores de catecismos y a los sacerdotes y catequistas.

Teniendo en cuenta todos estos datos, no es difícil deducir que este Catecismo no es un instrumento inmediato para la catequesis; sí puede serlo de una manera remota, en cuanto punto de referencia para los catecismos inculturados en cada nación o diócesis.

1. El *CATIC* no es un instrumento inmediato para la catequesis

Para hacer esta afirmación me fijo en los siguientes aspectos:

- Si está destinado a los responsables de la catequesis, no puede estarlo, al mismo tiempo, a personas que están aún abriéndose a los rudimentos de la fe, aunque éstas sean adul-

tas, y mucho menos si son niños o jóvenes. Su mismo carácter de «mayor» lo excluye ya del servicio directo para los catecúmenos. Esto bastaría para justificar el título del apartado. Pero además hay otras razones que lo apoyan.

- Su lenguaje es muy técnico, excesivamente abstracto y poco acorde con la forma de entender, de decir y de vivir las personas que acuden a la catequesis.

La catequesis necesita un lenguaje más cercano, más vivencial, más evangélico y más actual; un lenguaje con sentido para las personas de nuestras ciudades y de nuestros pueblos y barrios. No podemos quedarnos en el mero lenguaje racional. En la catequesis tiene más fuerza el lenguaje audiovisual, el corporal, el del silencio y, sobre todo, el lenguaje simbólico y el testimonial.

Aunque, como he indicado anteriormente, hay verdades fundamentales que no pueden cambiar en lo sustancial, sí pueden hacerlo en el lenguaje con que se expresan. «La misión de la catequesis no puede quedar restringida a la repetición de fórmulas tradicionales, sino que pide que estas mismas fórmulas sean comprendidas y, donde sea preciso, incluso expresadas fielmente de otra manera, con un lenguaje acomodado a la capacidad de los oyentes, condiciones sociales de los hombres, culturas humanas y formas de civilización» (DGPC, 34 y cfr. D.V. 8; CD 14).

- En el *CATIC* no sólo se recogen verdades fundamentales, sino que, junto a éstas, hay otras que pueden y deben seguir siendo objeto de investigación y estudio, porque no todo lo que en él se contiene es dogma de fe. En la catequesis es importante que los catecúmenos distingan muy bien lo fundamental de lo accidental, lo fijo de lo sujeto a posibles cambios, adquiriendo una clara jerarquía de verdades, que en muchos aspectos, no aparecen con tal claridad en el catecismo.

- El catecismo recoge una síntesis deductiva. Esta tendrá pleno valor sólo cuando se haya hecho el proceso inductivo propio de la catequesis. Porque en la catequesis no se propone a los catequizandos la aceptación de una doctrina, unas normas y unos ritos estables. Se les ofrece el *signo* a través del cual Dios se les hace presente, los atrae hacia sí, los ilumina y los transforma, colmando infinitamente sus aspiraciones.
- La Fuente de la catequesis es la Palabra de Dios. A ella deben ir a beber directamente los catecúmenos. En ella encontrarán la luz para descubrir el paso de Dios por sus vidas, por la vida de los demás y por los acontecimientos que tejen la historia.

En la Palabra de Dios, los catecúmenos encuentran *narradas* unas experiencias fundamentales, que les permiten *narrar* significativamente sus propias experiencias.

El Catecismo, por su lenguaje más técnico que experiencial, más expositivo que narrativo, no favorece directamente la cercanía a estas experiencias bíblicas que dan «contenido» cristiano a nuestras propias experiencias, ni facilita la narración explícita de las mismas.

- La catequesis hoy está necesitada de una fuerte dimensión misionera. Por el hecho de que acuden a ella personas no convertidas a Jesucristo, que nunca dieron una adhesión personal al Evangelio, «debe a menudo preocuparse no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitarla...» (CT 19).

Esta exigencia se encuentra estrechamente unida a la necesidad de promover en la Iglesia unas nuevas expresiones de la fe más sencillas y claras que conecten con las experiencias humanas excepcionales que viven los catequizandos tanto en el ámbito familiar, como en el laboral y social.

El *CATIC* queda muy lejano a sus vidas, sus problemas, sus búsquedas e interrogantes. No es posible —ni creo que con el Catecismo se pretenda— que la síntesis de fe básica, a que estos catequizandos pueden llegar, le sea proporcionada desde la lejanía y el tecnicismo clerical.

Por estas razones y otras muchas que la realidad concreta en que se realiza la acción catequizadora, nos va mostrando día a día, creo que es contraria al ser mismo de la catequesis y a la finalidad con que ha sido elaborado este Catecismo, la pretensión de utilizarlo como instrumento directo para la catequesis de adultos y mucho más para la de niños, adolescentes y jóvenes. Quien se empeñe en lo contrario estará desfigurando la catequesis y poco contribuirá a la iniciación cristiana de los que desean ser y vivir como creyentes.

2. El *CATIC*, instrumento remoto para la catequesis

Como punto de *referencia* para la elaboración de otros catecismos, el *CATIC* puede ser considerado como instrumento para la catequesis, no directamente, sino a través de *mediaciones*.

Al no atender a las culturas propias de los diversos países, ni a las características de las distintas edades y situaciones de los destinatarios de la catequesis, la primera mediación que necesita es la de los catecismos inculturados en cada nación o diócesis.

Estos catecismos no pueden reducirse a hacer aplicaciones concretas a los niños, jóvenes o adultos, de los contenidos del *CATIC*, ni a adaptaciones a situaciones determinadas. Para ser instrumentos válidos para la catequesis que reclama la nueva Evangelización, intuyo, uniéndome a las reflexiones de otros catequetas, que deberían reunir estas características:

- a) Mayor encarnación en la cultura y en la situación social y eclesial de cada país, teniendo en cuenta de manera especial los problemas e interrogantes que necesitan una respuesta válida para los hombres y mujeres de nuestro tiempo.
- b) Establecer un mayor diálogo con la religiosidad popular y con otras religiones cristianas y no cristianas.
- c) Asumir la nueva mentalidad eclesial instaurada por el Concilio Vaticano II.

- d) Resaltar el *don* de la historia de salvación a la que se incorpora el catecúmeno y con la que ha de colaborar eficazmente de cara al futuro.
- e) Presentar el compromiso íntimamente unido al seguimiento de Jesucristo, que muere por ponerse al lado del pueblo, de los marginados, y por denunciar las injusticias de los poderosos; y que salva, liberando de todo tipo de esclavitudes.
- f) Integrar los distintos lenguajes con que se expresan las personas de nuestro tiempo en cada lugar determinado.
Y si es un catecismo *menor*, además de todo lo anterior, deberá:
 - g) Apoyarse en la psicología de los distintos destinatarios.
 - h) Incluir algunos aspectos pedagógicos-metodológicos, referentes al estilo de la publicación, ilustraciones, referencias a la vida concreta, narraciones, síntesis apropiadas, etc.

Un Catecismo así sería apto para la catequesis, pero sin olvidar que la catequesis necesita también de otros elementos, como son:

- La *referencia* fundamental la ha de buscar en el Evangelio, en el modo cómo Jesús preparó a sus discípulos para enfrentarse fiel y creativamente al presente y al futuro, como creyentes comprometidos en la construcción del Reino.
- El *soporte* está en la comunidad. Una comunidad que testimonia su fe en la celebración, en el servicio a los hermanos y en el compromiso real en favor de la justicia y la paz.
- El *agente*, el mediador, es el catequista o la catequista inserto en esa comunidad, profundamente sensibilizado por los problemas religiosos y humanos de su ambiente; consciente y comprometido en la promoción de un futuro más humano y más divino, que fundamentalmente él, o ella, ya vive en su interior y en su manera de comportarse, movido por la presencia del Espíritu Santo.

- Sus *funciones* son variadas y complementarias: actualizar la acción de Dios; descubrir al catecúmeno que la fe es un don de Dios; educar al creyente para insertar la fe en la vida; enseñar a descubrir los signos de la presencia de Dios, hoy; iniciar en el conocimiento del mensaje auténtico del Evangelio y en el seguimiento de Jesús (vida testimoniada y celebrada); formar para que la totalidad del hombre responda a Dios; educar el sentido eclesial y realizar un acto de tradición viva.
- Su *pedagogía* está basada en la de Dios, que conduce amorosamente a su pueblo, con paciencia, respetando sus ritmos y facilitando su participación. Una pedagogía que lleva a vivenciar los dones de Dios y potencia la libertad de las personas.

En el conjunto de todos estos elementos y mediaciones que confluyen en la catequesis, se sitúa el Catecismo, proporcionando los datos para que los catequizandos conozcan el «Credo» de la Iglesia y lo reciban como un acto de tradición viva, después de haber «aprendido»: a *contemplar* el Evangelio que Dios va realizando en la historia, a *participar* en la liturgia que actúa ahora y celebra su acción salvadora y a *dejarse guiar* por el Espíritu como *inspirador decisivo* de sus iniciativas, y de su actividad evangelizadora.

Es bueno que nos abramos a la esperanza de que el *CATIC*, a través de los catecismos inculturados, vaya mejorando, con las diferentes aportaciones de las personas con una fuerte experiencia catequística, y de las diversas instituciones y asociaciones o grupos que trabajan al servicio de la catequesis.

V. El Catecismo en la formación de los catequistas

Termino con una sencilla reflexión sobre el papel del Catecismo en la formación de los catequistas. Cabe también hacerse la pregunta: ¿es un instrumento válido para su formación?

La respuesta, como es obvio, no puede ser ni afirmativa, ni negativa. Tenemos que situarnos ante esos catequistas para poder determinar el grado de cercanía o lejanía de estas personas concretas a un instrumento también concreto.

Si los catequistas son cristianos sencillos, sin una preparación teológica, pero sí con la «sabiduría» de la sencillez evangélica, difícilmente podrán conectar con la forma de concebir la fe, y de decirla, del Catecismo.

Si los catequistas son cristianos, que se preparan en Institutos Superiores, con fuertes contenidos bíblicos, teológicos y antropológicos, además de los catequéticos, sin duda encuentran aquí una síntesis articulada de la fe de la Iglesia. Pero entiendo que esta síntesis no se debe presentar separada de otras reflexiones basadas en el Concilio Vaticano II, en la exégesis bíblica actual y en las aportaciones más recientes de la teología, en todas sus ramas. Ni tampoco se puede prescindir de los aportes de la sociología, la psicología y la pedagogía, en la actualidad.

Estos catequistas se forman para realizar una acción de la Iglesia. Una Iglesia que en la época actual está más necesitada de una pastoral de misión que de una pastoral de cristiandad. Es claro que, con un instrumento como el *CATIC*, es difícil una formación misionera, con todo lo que ella reclama de apertura a nuevas formas de presencia, de diálogo y de acogida.

Conviene, en todo caso, tener en cuenta en su formación, que los catequistas que hoy necesita la Iglesia son auténticos creyentes, hombres y mujeres *atentos* al Espíritu, *abiertos* al futuro, *testigos* entre los hombres, con preparación y disponibilidad para el diálogo ecuménico, con capacidad para evangelizar en una sociedad secularizada, y que sepan dar razón de su fe ante creyentes y no creyentes y en todo lugar y circunstancia en que se encuentren.

Conclusión

Es importante resituar el *CATIC* dentro del movimiento catequético contemporáneo y las llamadas del Magisterio eclesiás-

tico, pues como dice el catequeta francés A. Fossion: «sería una ilusión creer que el Catecismo es el único documento del Magisterio en materia catequética, que se erige en el vacío o que hace tabla rasa de todo lo que precede. El Catecismo no anula los documentos anteriores de la Iglesia en materia catequética. Al contrario, remite a ellos. Es pues a la luz de estos documentos como puede definirse la buena utilización del Catecismo».

Entre estos documentos destaco dos: la exhortación apostólica *Catechesi Tradendae* de Juan Pablo II, que emana de los trabajos del Sínodo sobre la catequesis celebrado en 1977, y el *Directorio General de Pastoral Catequética*, citado en varias ocasiones en este artículo, publicado por la Sagrada Congregación del Clero. En la Iglesia española contamos además con tres documentos básicos para la catequesis: *Catequesis de la Comunidad*, *El catequista y su formación* y *Catequesis de adultos*, que conviene tenerlos en cuenta para la utilización de este Catecismo.

En el *Directorio*, en su tercera parte, se ofrece una presentación global de las verdades de la fe. Es un documento mucho más abierto, con una visión más optimista del mundo y una imagen más dinámica de la tarea catequética. Anima a un trabajo continuo de renovación de las exposiciones de la fe para que éstas estén más en consonancia con los valores y los lenguajes de las diversas culturas y de las nuevas que van surgiendo en cada época de la historia. «No faltan fieles —dice— dotados de una excelente educación cristiana que encuentran dificultad ante un modo de expresarse sobre la fe, que juzgan demasiado sujeto a fórmulas antiguas y caídas en desuso o demasiado ligado a la cultura occidental. Ellos mismos, por consiguiente, buscan una nueva manera de expresar las verdades religiosas en armonía con la actual situación humana y que permita a la fe derramar su luz en las realidades que hoy apremian a los hombres, y al Evangelio poder ser traducido a las diversas culturas. Ciertamente, es deber de la Iglesia examinar, con la mayor consideración, esta aspiración de los hombres». (DGPC 8).

Con todo ello, no descarto sino que apoyo la formación de un modo cristiano de pensar y sobre todo la estructuración intelectual de la fe, particularmente en los adolescentes y jóvenes, y en los catequistas de base, así como el conocimiento de Dios y de sus misterios que fundamentan y afirman la dignidad humana. La Iglesia debe ofrecer el Evangelio a las personas de todos los tiempos, de tal manera que les invite a la comunión con Dios Padre en Jesucristo y con los hombres, hijos de Dios y hermanos nuestros, y ha de mostrar con claridad la estrecha conexión del misterio de Dios, manifestado en Cristo, con la existencia y con el fin último de la persona.

Entiendo que, según la utilización que se haga del *CATIC*, se pueden obtener resultados positivos o negativos para la catequesis y para la misma vida de la Iglesia. No reconocer sus límites y sus ambigüedades y la necesidad de otras muchas mediaciones, llevaría a absolutizarlo y podría dañar la libertad de expresión, de investigación y de creatividad de las iglesias locales.